

# Los troperos

Rodrigo Sebastián Ibáñez



# Capítulo 1

## LOS TROPEROS

El ulular del suindá tapó todo el ruido del noctámbulo camposanto. Sotomayor levantó la mirada instintivamente solo un instante y siguió cavando. La gota de sudor rodó lenta por su sien y cayó en el ojo viscoso de Caú que luego discurrió como una lágrima.

Una bruma silente cubría todo a su alrededor y la luna delataba su premura.

No hacía mucho que lo había matado con el cuchillo caliente que compartían para comer.

Una vez al mes quedaban solos en la estancia de don Saturnino Pocay, siempre en luna llena. Esa vez no fue la excepción.

Prepararon los caballos, los cueros, los aperos, las riendas, los cabestros, la provista y partieron.

Arriaron todo el ganado hasta la pastura tierna que les tocaba en aquel inmenso verde y marrón.

Una vez allí encendieron el fogón, pusieron la pava y armaron un tabaco puestero.

En cuclillas, escapando de la humedad, Sotomayor barrió el panorama con sus ojos marrones y se encontró con los de Caú mientras ensillaba el cimarrón.

Las miradas se cruzaron como tantas veces, pero esa vez fue diferente. Caú titubeó un momento y esquivó esos ojos marrones que tantas lunas le iluminaron.

—¿Qué le pasa, Caú que me baja la vista? —dijo Sotomayor sin preámbulos mientras prendía el cigarro.

—Usted sabe —dijo parco Caú y sacó de la alforja un salame y el cuchillo con las iniciales CS grabadas a fuego en la empuñadura de cuero de vaca que Sotomayor le había dado a cambio de un pañuelo con las iniciales de Caú.

Se los tendió como tantas veces y esperó treinta eternos segundos

mientras Sotomayor picaba el salame.

—Los otros días don Saturnino me dijo que me necesitaba y vine antes que usted —dijo Caú como disculpándose.

El frío silencio no devolvía respuesta.

—Me dio unos trabajos de limpieza del casco de la estancia y cuando terminé dijo esas cosas que suele decir —dijo y se pasó la mano por la cara—. Me dijo que hacía un buen trabajo y me ofreció quedarme a comer. Yo nunca desprecio un plato e' comida, ¿vivo? No es de cristiano.

Sotomayor impertérrito seguía cortando el salame con la precisión de un cirujano. El cigarrillo en la comisura de los labios y las volutas de humo que arreciaban el ojo izquierdo. Con el derecho miraba la faena y con el cuerpo sentía el trémulo sonido de la voz de Caú.

Al cabo de unos interminables instantes Caú ladeó la cabeza como huyendo del castigo de la culpa y le dijo:

—El vino del patrón no es como el nuestro. Es menos áspero y sube ligero a la cabeza. Ya sabe usted que a mi me sube ligero cualquier vino, pero este más ligero.

Sotomayor lo miraba de refilón y en el más profundo silencio mientras seguía enfrascado en la tarea precisa que requería su liturgia.

—Ya sabe que me gusta la vida de tropero. Acá en el campo abierto estoy vivo. Con los animales, con el verde, con usted —dijo Caú e hizo una breve pausa—, pero el patrón insistió. Quiere que me vaya a vivir a la estancia. Me prometió el vino y el asado y un catre cómodo donde echarme, pero ya no puedo volver con usted.

El cuchillo se zafó y lamió el dedo rústico de Sotomayor. Una gota caliente se fundió con el cuchillo.

—Me dijo que esta era mi última vez. Yo le dije que me deje tropiar en luna llena, pero el patrón insistió, ¿vivo? No se le puede decir que no al patrón. Se pone bravo. Insistidor— sacó un pañuelo blanco, limpio y se enjugó la frente. En la punta de abajo se vio claro bajo, la luz mortecina de la luna, las iniciales S.P. bordadas finamente—. Dijo que estaba para mejores cosas y me dio un apretón de mano para cerrar la cuestión.

Un calor abrasador se sintió de golpe y un manantial brotó del ojo que se abrió en el pecho de Caú.

—Efectivamente, esta es su última vez conmigo y con cualquiera —dijo

ronco Sotomayor con el cuchillo chorreando sangre y los ojos vidriosos.

El suindá ululó en aquel campo abierto, bajo la más absoluta oscuridad que reflejaba la soledad profunda de Sotomayor.

Con resignación vacuna Sotomayor vio como Caú se convertía lentamente en carne de zorro. Agarró el pañuelo con las iniciales S.P., la abolló comprimiendo el enojo y la culpa en ese puño cerrado y lo tiró al fuego. Escupió a modo de insulto y se fue hasta el apero.

Con los cueros que usaban para resguardarse del frío envolvió a Caú con la delicadeza de quien toma la mano de su abuela y lo cargó a su gateado, montó y se prendió otro cigarro.

—No es de cristiano dejarlo tirau. Usté, Caú no va a ser comida de moscas y carroñeros —dijo mientras apuraba al caballo—. Y al patrón ya le llegará su San Martín.